

Finalmente, un ayuda de cámara que me quería de corazón, y al cual mi madre constituyera cuatrocientos francos de renta vitalicia, díjome al dejar la casa, de la cual yo saliera en mi infancia tantas veces en coche con alegría:

— Sed bien económico! mi buen señor!...

El pobre hombre lloraba.

CAPITULO A ALFONSO

... de mano de hierro; de natural, de espíritu de
... y reservado. Habíame de haber
... no de mi padre, sino de mi madre, y de mi
... mismo, en el fondo, no creía que mi
... vez quisiera tener el menor interés, en mi
... cuidado de mi persona, habiendo yo ya
... avergonzaba de mi persona...

XVII.

A pesar de la voz interior que debe sostener
todo hombre de talento en cada una de sus luchas,
y que me gritaba: Valor!... ¡Valiente!... A pesar
de las luminosas revelaciones de mi poder en algu-
nos instantes de mi soledad, a pesar de las espe-
ranzas que me animaba al comprar las nuevas obras
admistradas del público con las que yo estaba por las
fortunas de mi imaginación, siempre dudaba de

Tales fueron, mi buen Emilio, los sucesos que encadenaron mi destino, modificaron mi inteligencia, y me colocaron, joven aun, en la más falsa y peligrosa de todas las posiciones sociales.

Bien es verdad que vínculos de sangre me unian con algunas casas ricas, cuyo acceso mi orgullo me hubiese prohibido, si el desprecio é indiferencia no me hubieran antes cerrado las puertas. Por tanto, aunque pariente de personas muy influyentes, y pródigas de su protección para con los extraños, era como si no tuviera parientes y quedábame sin protectores. A fuerza de contrarestar mi alma en todas sus éxpansiones, habíase replegado contra sí misma;

y lleno de franqueza, de natural, debía sin duda parecer frío, y reservado. Habiéndome el despotismo de mi padre arrancado toda confianza de mi mismo, era tímido y poco tenaz; no creía que mi voz pudiese ejercer el menor imperio, era muy poco pagado de mi persona, hallábame feo, y me avergonzaba de mi propia mirada.

A pesar de la voz interior que debe sostener á todo hombre de talento en cada una de sus luchas, y que me gritaba:—Valor!... Adelante!... A pesar de las luminosas revelaciones de mi poder en algunos instantes de mi soledad, á pesar de la esperanza que me animaba al comparar las nuevas obras admiradas del público con las que volteaban por las tortuosidades de mi imaginación, siempre dudaba de mí, como pueda hacerlo un niño sin madre. Hallábame martirizado por una ambición desmesurada, creíame destinado á cosas grandes, y me sentía en las tinieblas de la nada.

Luego necesitaba á los hombres, y me hallaba sin amigos; debía fraguarme una senda por el mundo, y me quedaba solo, porque tenía vergüenza.

El año en que me tiró mi padre en el torbellino de la sociedad, tenía un corazón nuevo, una alma cándida y fresca, y como todos los niños aspiraba secretamente á románticos amores. Entre los jóvenes de mi edad, encontré una cáfila de fanfarrones que andaban con la cabeza erguida diciendo frioleras,

sentándose sin zozobra junto á mujeres que me parecían las mas terribles, hablando impertinencias, mascando el puño de su palo, pavoneándose y prostituyéndose las mas lindas señoritas, poniendo ó pretendiendo haber puesto la cabeza en todas las almohadas, haciendo como que aun rehusan el placer ofrecido, considerando á las mas virtuosas, á las mas discretas, fáciles como las otras y susceptibles de ser conquistadas con la simple palabra, con el menor jesto atrevido, con la primera mirada insolente!... Yo por mi parte te declaro en mi alma y conciencia que la conquista del poder ó de una grande celebridad literaria me parecia un triunfo menos difícil de alcanzar, que la conquista de una mujer de alto rango, jóven, astuta y graciosa. Por consiguiente encontré todos mis apetitos, mis sentimientos, mis cultos, enteramente discordantes con las máximas de la sociedad. Bien tenía atrevimiento, pero solo en la imaginación; y delante las mujeres era muy novicio en materias de cortesía. Mas tarde, he aprendido que las mujeres no quieren ser mendigadas....

Muchas conocí á las cuales adoraba tácitamente de lejos, y que les presentara un corazón á toda prueba, y una alma inmensamente impregnada de ternura, y una energía que no arredraban ni sacrificios ni torturas... y aquellas mujeres pertenecían á imbéciles á quienes yo no hubiese querido de porteros.

¡Cuantas veces mudo é inmóvil admiré la reina de mis ensueños, apareciéndome en un baile!... Consagrada entonces moralmente toda mi existencia á caricias indefinidas, eternas, imprimía todas mis esperanzas, todo mi ser en una mirada, y ofrecíale en mi éstasis, aquel amor jóven que no busca, ni anhela otra cosa sino ser engañado. ¡Mas de mil veces hubiese con el mayor contento, dado toda mi vida por una sola noche!...

¡Y bien! no habiendo jamás encontrado oídos tales como deseaba para confiarles mi amoroso frenesí, ni miradas donde fijar las mías, ni corazón para mi corazón, he vivido sufriendo todos los martirios de una energía impotente que debía devorarse á sí misma, sea por falta de atrevimiento y ocasiones, ó sea por falta de esperiencia. Acaso he desesperado de hacerme comprender, ó temblado de ser demasiado comprendido... Y sin embargo, á cada mirada cortés que recibía, tenía un uracán pronto á desencadenarse! Pero á pesar de la instantaneidad con que me penetraban esas miradas ó palabras al parecer afectuosas como tiernos preludios de iniciativa, nunca he tenido osadía para hablar ó para callarme. Por el acopio de sentimiento, mi palabra era insignificante, y mi silencio era estúpido. Sin duda tenía demasiada sencillez para una sociedad facticia que no vive mas que de luces, y que esprime lo que quiere decir con frases combinadas, con palabras

dictadas por la moda; y luego yo ignoraba el lenguaje del silencio, y el silencio del lenguaje.

Finalmente, quedándome siempre con fuegos que me abrasaban, teniendo una alma semejante á aquellas de las cuales las mujeres parecen tan ávidas, poseyendo la energía de que se alaban los tontos, puedo decir que todas las mujeres que he conocido, solo han sido traidoramente crueles para mí. De aquí es que admiraba humildemente los héroes de tertulia al oírles celebrar sus victorias, creyéndoles, sin sospechar ni de lejos que pudiesen mentir. A mas de que era por cierto culpa mia, pretender un amor garantizado por una sencilla declaracion, querer encontrar grande y fuerte en un corazón de mujer frívola y casquivana, hambrienta de lujo, ébria de vanidad, aquella pasión tan ancha y tan dilatada, aquel océano que tan tempestuosamente mi corazón atormentaba.

Oh! ¡sentirse nacido para querer, para hacer una alma bien feliz, y no haber encontrado siquiera una valerosa y noble Marcelina, ó alguna marquesa entrada en años!... Traer tesoros en una alforja, y no poder encontrar alguna alma inocente para hacerlos admirar..... cien veces he querido matarme de desesperación...

— ¡Eres diablenamente trájico!... Esclamó Emilio.

— ¡Y déjame condenar mi vida!.... respondió Rafael, y abogar para mi divorcio con ella! Si la

amistad no te dá fuerza para escuchar mis elejías; si no puedes prestarme una media hora de pesadez, duerme!... Pero no me pidas mas cuentas de mi suicidio que truena, que se eriza, que me llama y me saluda. Aprende que para juzgar un hombre debe uno por lo menos estar en el secreto de su pensamiento, de sus desgracias, de sus emociones. No querer conocer de todo el hombre mas que los hechos materiales, es hacer cronolojías!..... la historia de los pobretes!

El tono amargo con que pronunció esas palabras impresionó tan vivamente á Emilio, que desde aquel instante estuvo completamente atento á Rafael mirándole fijamente.

— Pero, repuso el narrador, todos aquellos accidentes vistos con la luz actual, presentan un aspecto muy diverso. Cada serie de cosas que yo consideraba entonces como una desgracia ha debido enjendrar las facultades, las fuerzas de que mas tarde me he altamente gloriado.

¿La curiosidad filosófica, los trabajos escesivos, el amor de la lectura que desde la edad de siete años han ocupado constantemente mi vida, no me habrán acaso dotado de esa facilidad poderosa con que según decís vosotros, sé esprimir mis ideas y arrosstrar impávido los escollos del vasto campo del estudio humano? ¿El abandono á que estaba condenado, el hábito de comprimir mis pensamientos, y de

vivir solo en mi corazon, no me habrán revestido sin duda del poder de comparar, de discurrir? ¿No habiéndose mi sensibilidad disipado al servicio de estas irritaciones mundanas que diezman tan profundamente el alma mas bella y la reducen por fin á un guiñapo, no ha debido concentrarse hasta el estado de llegar á ser el órgano perfeccionado de una voluntad mas elevada que la voluntad de la passion?

Desconocido por las mujeres, acuérdome haberlas observado con toda la sagacidad del amor desdeñado. Ahora ya estoy seguro que la sinceridad de mi carácter ha debido disgustarlas! ¿Quizás necesitan cierta hipocresía!..... Pero á mí, que soy á la vez, que soy en una misma hora, niño, hombre, sabio, fútil, pensador, despreocupado y lleno de supersticiones, muchas veces mujer como ellas, á mí digo; no han debido tomarme en mi sencillez por un cínico, y en la franqueza pura de mi sentimiento por un libertino? La ciencia les causaba fastidio, mi languidez femenina la tenian por flaqueza. A mas, esa escesiva movilidad de imaginacion, la desgracia de los poétas, haciame sin duda juzgar por un ser incapaz de amor, sin constancia en las ideas, sin enerjía... Idiota cuando callaba, las esquivaba tal vez cuando trataba de agradarlas.

De modo que todas las mujeres me han condenado. Yo recibí, acepté en medio de mis lágrimas

y pesadumbre la sentencia fulminada por el mundo. Despues toda esa pena produjo su fruto. Quise vengarme de la sociedad. Quise poseer las almas de todas las mugeres, sometiéndome sus inteliencias, y ver fijas sobre mí las miradas, cuando un lacayo pronunciase mi nombre á la puerta de un salon. Instituíme gran hombre. Siendo ya niño me habia dado una palmada en mi frente, y me habia dicho en mí mismo como Andres de Chenier: «¡aquí hay algo!...» Creía sentir dentro de mí un pensamiento que esprimir, un sistema que establecer, una ciencia que esplicar.

¡O querido Emilio! Hoy dia que cuento apenas veinte y seis años, que estoy cierto de morir desconocido sin haber podido llegar á ser amante de ninguna mujer, permíteme contar todas mis locuras! ¿No hemos tomado todos mas ó menos nuestros deseos por realidades?... Ah! te juro que no quisiera por amigo al hombre que no se hubiese tejido, en sus éstasis, cien coronas, construido un pedestal ó dibujándose alhagueñas queridas...

Yo he sido muchas veces jeneral, emperador; hasta he llegado á ser lord Byron; luego... nada. Despues de haber representado en la cumbre de las cosas humanas, advertia que me faltaba salvar las montañas y superar tantas dificultades...

Aquel inmenso amor propio que en mí fermentaba, aquella sublime creencia á un destino, y que

constituye tal vez el jenio cuando el hombre no se deja empobrecer el alma por el contacto de los negocios, á la manera que un carnero abandona la lana á las espinas de los rosales que atraviesa, alcanzaron á sostenerme

Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio por la querida que un dia esperaba tener. Para mí todas las mujeres se resumian en una sola, y esa mujer, creía encontrarla en la primera que á mi vista se ofrecia. Pero considerando una reina en cada una de ellas, debian como las reinas las cuales están obligadas á tomar la iniciativa con sus amantes, adelantarse un poco hácia mí, enardecido, candoroso y pobre.

Ah! para la que se hubiera apiadado de mí, tenia yo en el corazon tanto agradecimiento, que la hubiese adorado toda mi vida.

Con el tiempo, mis observaciones me han enseñado verdades crueles. De modo que, caro Emilio, es muy verosimil que habria vivido eternamente solo. Las mujeres están habituadas por no sé que declive de su entendimiento á no ver mas que las faltas del hombre de talento, y únicamente las buenas cualidades del necio, las cuales son perpetua lisonja de tantas de que ellas adolecen, mientras que el hombre superior no les ofrece suficientes gajes para compensar sus imperfecciones. El talento es una calentura intermitente, y pocas son las mujeres á quienes

guste participar ni aun de su reposo. Todas en sus amantes quieren ver motivos para satisfacer su vanidad; y de modo que amándonos se aman aun solo á sí mismas!.. ¿Pero un hombre pobre, independiente, artista, dotado de la potestad de crear, puede dejar de tener cierto egoismo? A su alrededor ecsiste no sé que torbellino de pensamientos en el cual todo lo encierra, hasta su misma querida la cual debe seguir el movimiento.

¿Una mujer que siempre habrá sido adulada, puede creer en el amor de tal hombre? ¿Irá á buscarlo ella misma? Un tal amante tiene muy pocos momentos de descanso para venir á hacer en derredor de un divan esas pequeñas monadas de sensibilidad á las cuales tanta importancia dán las mujeres, y que sin embargo son el triunfo de las personas falsas ó insensibles... Teniendo apenas tiempo para sus trabajos, ¿como podría empequeñecerse haciendo el necio? Bien hubiese yo dado mi vida pero no la habria detallado...

Por fin hay en la conducta de un mancebo comerciante que hace las comisiones de una mujer pálida y melindrosa no sé que mezquindad que horroriza al artista. Un hombre pobre y grande necesita algo mas que amor, necesita desprendimiento. Pero las criaturillas que viven de cachemiras ó se hacen las trompetas de la moda, carecen de desprendimiento, y ellas lo ecsijen al contrario; no

viendo en el amor otra cosa que el placer de mandar y no de obedecer. La verdadera esposa en corazon, en carne y en huesos, se deja conducir allá donde vá aquel en quien residen su vida, su fuerza, su gloria, su felicidad. Los hombres superiores necesitan mujeres dignas de ellos que les comprendan... Todas sus desdichas provienen de un desacuerdo entre ellos y lo que les rodea. Y por mi mala estrella, yo que me creía hombre de jenio pensaba precisamente con aquellas amantes triviales.

Con ideas tan contrarias á las ideas recibidas, con la pretension de escalar el cielo sin escala, con tesoros que no tenian curso, armado de conocimientos dilatados de los cuales se hallaba sobrecargada mi memoria y que aun no habia clasificado, que aun no me habia asimilado; hallándome sin padres, sin amigos, solo, en medio del mas horrendo desierto, un desierto empedrado, un desierto animado, viviente, donde todo es mas que enemigo... ¡indiferente! La resolucion que tomé era natural aunque loca. Tenia en sí no se que de imposible que contribuyó á infundirme valor.

Fué esto como si hiciera una jugada conmigo mismo, yo era el jugador y la apuesta. Hé aquí mi plan.

CAPITULO ALFONSO

...que las cosas... que las cosas... que las cosas...
...que las cosas... que las cosas... que las cosas...
...que las cosas... que las cosas... que las cosas...
...que las cosas... que las cosas... que las cosas...
...que las cosas... que las cosas... que las cosas...

XVIII.

Los mil ciento y doce francos debian bastar á
mi vida por espacio de tres años, y me daba esos
tres años para publicar una obra que pudiese llama-
rarme la atencion pública, crearme una fortuna,
un nombre.

Regocijábame de pensar que iba á vivir de pan
y leche como un solitario de la Thebáida, encer-
rado en el mundo de los libros y de las ideas en
una esfera inaccesible en medio de ese Paris de
tanto tumulto, en una esfera de trabajo y de silencio
donde me construia como las crisalidas un sepulcro
para renacer glorioso y brillante... Esponiame á pe-
recer para vivir...

Con reducir la ecsistencia á sus puras, á sus ver-

viendo en el amor ó en el placer de un
... y no de obedecer. Las palabras...
... en carne y en hueso, se debe...
... en quien residen en vida, en horas,
... en gloria, en felicidad. Los hombres...
... en quienes residen en vida, en horas,
... en gloria, en felicidad. Los hombres...
... en quienes residen en vida, en horas,
... en gloria, en felicidad. Los hombres...
... en quienes residen en vida, en horas,
... en gloria, en felicidad. Los hombres...

daderas necesidades, al estricto necesario, hallaba que trescientos sesenta y cinco francos debían bastar á mi lujo de pobreza. Y en efecto, esa estrecha suma satisfizo mi vida en tanto que quise sufrir mi propia disciplina claustral...

— ¡Esto es imposible! exclamó Emilio...

— ¡Debes pues saber que he vivido cerca de tres años así!... respondió Rafael con cierta arrogancia.

— Contemos!... repuso. Tres sueldos de pan, dos sueldos de leche, tres sueldos de tocino, eran suficientes para impedir que me muriera de hambre, y para tener al mismo tiempo mis facultades intelectuales en un estado de lucidez singular. He observado, como tu ya sabes, cuantos efectos maravillosos produce la dieta sobre la imaginación.

Después, el aposento me costaba tres sueldos por día; quemaba tres sueldos de aceite por la noche; arreglábase yo mismo mi cuarto; el limpiar de la ropa me costaba dos sueldos; calentábase con carbon de piedra, cuyo precio dividido entre todos los días del año no venía á costarme más de dos sueldos; finalmente como ya tenía vestidos, camisas y calzado para tres años, no debía contar con más gastos, no queriendo vestirme sino para asistir á algunos cursos públicos y visitar las bibliotecas.

Esos gastos reunidos montaban á diez y ocho sueldos: aun me quedaban dos para las cosas improvisadas. Mas no tengo memoria de haber pasado el

Puente de las Artes durante aquel largo período de trabajo, ni haber comprado jamás agua; iba á buscarla por la mañana á la fuente de la plaza San Miguel, en el ángulo de la calle de las Arenas. Oh! sobrellevaba mi pobreza con orgullo. El hombre que presiente un porvenir radiante, marcha en su vida de miseria como un inocente conducido al suplicio; no se ruboriza.

No había querido prever la enfermedad; pero semejante en esto á Aquilina, entreveía el hospital sin terror. Ni un instante dudé de mi buena salud. El pobre no se acuesta más que para morir.

Cortéme los cabellos hasta que un ángel de amor y bondad.... Mas no quiero anticipar en la situación á la cual voy llegando.

Aprende solamente, amigo mío, que á falta de querida viví con un grande pensamiento, un ensueño, una mentira á la cual empezamos todos por creer más ó menos. Hoy río de mí, de ese *mí* acaso muy sublime y santo, que ha desaparecido para siempre...

Después de haber visto bien de cerca la sociedad, el mundo, nuestros usos, nuestras costumbres, me he cerciorado del peligro de mi inocente creencia, y de la superfluidad de mis fervorosos trabajos. Todo eso es inútil al ambicioso. Poco bagaje necesita el que persigue la fortuna; y la principal falta de los hombres superiores consiste en gastar su juventud por

hacerse dignos de ella. Mientras que estan atesorando fuerzas y ciencia para llevar con solidez el peso de un poder futuro que va siempre alejándose; los intrigantes, ricos de palabras y pobres de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, se aposentán en la confianza de los seminecios. Asi sucede, que los unos estudian, los otros marchan; los unos son modestos, los otros impudentes; el hombre de jenio sofoca su orgullo, y el intrigante manifiesta anchamente el suyo; el último debe llegar necesariamente. Los hombres del poder tienen tanta necesidad de creer en el mérito visible, en el talento descarado, que hay de parte del verdadero sabio simpleza en esperar recompensas humanas. No trato ahora de comentar los lugares comunes de la virtud, el himno de los himnos perpetuamente cantado por las personas que se quedan en los entresuelos del gran edificio social, pero si, deducir la razon lójica de las frecuentes venturas alcanzadas por los hombres insignificantes.

Sin embargo, la ciencia es tan maternalmente buena, que se comete tal vez un crimen en pedirla otras recompensas, que las alegrías dulces y puras con las cuales á sus ahijados alimenta. Acuérdome haber algunas veces comido mi pan con júbilo, y bebido deliciosamente mi leche en la ventana sentado, respirando el verdader aire del cielo, dejando volar mis ojos sobre un paisaje de tejados more-

nos, grises, rojos, de pizarra, de tejas cubiertas de musgo verde y amarillo.

Si al principio aquella vista me pareció monótona, no tardé mucho en descubrir hermosuras singulares. Ora por la tarde, líneas luminosas que partían de ventanas mal cerradas, coloreaban y animaban las negras profundidades de aquel pais orijinal: ora los pálidos esplendores de los reverberos tiraban desde abajo amarillentos reflejos al traves de su cargada atmósfera, y descubrían indecisamente las calles por entre las ondulaciones de aquellos apretados techos, océano de olas inmóviles. A mas, de cuando en cuando estrañas figuras aparecian en medio de aquel estraño desierto: era, entre las flores de algun jardin aéreo, el anguloso y ganchado perfil de una vieja regando claveles, ó en el cuadro de una podrida claraboya, alguna jóven en su tocador, de la cual no veía mas que la frente y los largos cabellos alzados por un brazo anjelial. En los canales admiraba algunas vejetaciones efímeras, y pensaba entre mí: ¡pobres hierbas, pronto os destruirá un aguacero! Estudiaba los musgos, sus colores por la lluvia reavivados, y que con el contacto del sol, se transformaba en un terciopelo seco y moreno de caprichosos reflejos... Finalmente los poéticos y fugaces efectos del dia, las tristezas de la niebla, los instantáneos juguetes del sol, el silencio, los misterios de la noche, los en-

cantos de la aurora, los humos de cada chimenea, todos los accidentes de aquella naturaleza singular, habian acabado por serme familiares, y me divertian. Amaba mi cárcel, porque era tal vez voluntaria. Aquellas praderas de Paris formadas por techos anivelados como un llano, pero que cubrian abismos poblados, venian hácia mi alma, y se armonizaban con mis pensamientos.—¡Cuan pesado es volver á entrar bruscamente en el mundo al bajar de las alturas celestiales cuando á ellas hemos subido por las meditaciones científicas! Asi es, que entonces concebí perfectamente lo que se llama privacion de un monasterio...

XIX.

Cuando me hube resuelto á seguir invariablemente el espuesto plan de vida, traté de buscar mi habitacion en los barrios mas silenciosos de Paris. Al volver una tarde de la Estrapada, pasaba por la calle de los Corderos para irme á mi casa. En el ángulo de la calle de Cluny, vi una niña de unos catorce años que jugaba con una compañera suya. Sus risas y lijereza divertian á los vecinos. El tiempo estaba sereno, era caliente la tarde, el mes de setiembre todavia duraba. En todas las puertas habia mujeres sentadas jugando como en un pueblo de provincia en algun dia de fiesta. Chocóme luego la niña por la fisonomia que era de una espresion admirable,